

MATEO

Capítulos 20:30 - 21:31

Continuamos hoy, amigo oyente, nuestro estudio en el evangelio según San Mateo. Estamos ahora al final del capítulo 20 de este evangelio. Y vamos a leer los versículos 30 y 31 que dicen:

³⁰Y dos ciegos que estaban sentados junto al camino, cuando oyeron que Jesús pasaba, clamaron, diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros! ³¹Y la gente les reprendió para que callasen; pero ellos clamaban más, diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros! (Mat. 20:30-31)

Fíjese usted la insistencia de estos dos ciegos. Note también cómo se dirigieron a Jesús, diciéndole: “¡Señor, Hijo de David!”. Esto demostraba que estos ciegos reconocían la Majestad de Jesús. La sirofenicia en el principio lo llamó “Hijo de David”, pero el Señor, recuerda usted, le recordó que ella no tenía ningún reclamo sobre Él de esta manera. Estos hombres, sin embargo, eran judíos, y en verdad, tenían algún reclamo sobre Él, y lo ejercieron. Ahora, notemos los versículos 32 y 33 de este capítulo 20 de Mateo:

³²Y deteniéndose Jesús, los llamó, y les dijo: ¿Qué queréis que os haga? ³³Ellos le dijeron: Señor, que sean abiertos nuestros ojos. (Mat. 20:32-33)

El problema de estos hombres parecía ser obvio. ¿Por qué les preguntó el Señor qué era lo que ellos querían que hiciese por ellos? Amigo oyente, cuando usted acude al Señor Jesucristo, usted tendrá que confesar que es pecador. Si no lo confiesa, no puede ser salvo. Debe venir como pecador para ser salvo. Esta es la ofensa de la cruz. A todo el mundo le gustaría venir a la cruz si pudiera traer un poquito de su propio perfume y rociarlo, y hablar de sus propias bondades y buenas obras. Pero no tenemos ni una buena obra para presentar al Señor. No se puede

endulzar el carácter humano, ni mejorar la carne, así como no se puede cambiar un montón de abono en el patio de una granja echándole un galón de perfume. Debemos venir como pecadores y recibir a Cristo como único posible Salvador. Estos hombres estaban clamando: “Somos ciegos”. Esto denota que ellos tuvieron que hacer esa declaración antes que el Señor pudiera ayudarles. Y ahora, el versículo 34 dice:

³⁴Entonces Jesús, compadecido, les tocó los ojos, y en seguida recibieron la vista; y le siguieron. (Mat. 20:34)

El Señor Jesús sanó a los dos ciegos. Y ellos, por su parte, le siguieron. Ahora, ¿a dónde iba Jesús? Dijimos que está en camino a la cruz. Y aquí concluye el capítulo 20 del evangelio según San Mateo. Ahora, en el capítulo 21, Jesús entra oficialmente en Jerusalén; purifica el templo; maldice la higuera; es desafiado por los principales sacerdotes y ancianos; y Jesús los condena por medio de las parábolas de los dos hijos y de los labradores malvados. La acción dramática de Mateo resalta a plena vista en este capítulo. Jesús viene a Jerusalén desempeñando un nuevo papel. Anteriormente había entrado discretamente en la ciudad. Ahora insiste en Su reclamación de ser el Rey en la ciudad del Rey. Nada pudo ser más audaz ni atrevido. Purifica el templo por segunda vez. Esto sería presunción de primera clase si Él no fuera quien reclamaba ser. Maldice la higuera en una acción simbólica. Responde al desafío de los príncipes religiosos y los acusa de conspirar Su muerte al contar una parábola.

Note usted aquí, amigo oyente, el tono decisivo y deliberado que es usado aquí por Jesucristo. Es que está forzando el asunto. Los obligará a actuar cuando Él quiera, y de la manera que Él escoja. Está en medio de toda la situación. Él nunca es más majestuoso que cuando se acerca a la cruz. Los Evangelios presentan un cuadro multifacético de la llamada entrada triunfal. Al comparar el relato de este evento en los tres primeros Evangelios, la conclusión obvia es que Jesús entró en Jerusalén tres veces, una vez por día en tres días diferentes. La primera entrada se efectuó en Sábado, o sea, en día de descanso. No había ningún cambista en aquel día, y mirando alrededor, salió. El evangelista Marcos, en el capítulo 11 de su evangelio, versículo 11, dice: “*Y entró Jesús en Jerusalén, y en el templo; y habiendo mirado alrededor todas las cosas, como ya anocheecía, se fue a Betania con los doce*”. La primera vez pues, entró como Sacerdote.

La segunda entrada se efectuó en domingo, o sea, el primer día de la semana. Los cambistas estaban allí y Jesús purificó el templo. Así lo dice Mateo 21:12 y 13, donde leemos: *Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas.* O sea que, la segunda vez, Jesús entró como Rey.

La tercera entrada se llevó a cabo el lunes, o sea, el segundo día de la semana. Jesús lloró sobre Jerusalén, y entró en el templo y enseñó y sanó a los enfermos. Así lo encontramos relatado por el evangelista Lucas, capítulo 19, versículos 41 al 44 y versículos 47 al 48, donde leemos: *“Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiaron, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación”.* Pasando ahora a los versículos 47 y 48, leemos: *“Y enseñaba cada día en el templo; pero los principales sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle. Y no hallaban nada que pudieran hacerle, porque todo el pueblo estaba suspenso oyéndole”.* O sea que, la tercera entrada la hizo Jesús como Profeta. Ahora, se retiró cada día a Betania. Al parecer, no pasó ni una noche en la ciudad hasta cuando lo arrestaron. Leamos los primeros tres versículos de este capítulo 21 del evangelio según San Mateo:

¹Cuando se acercaron a Jerusalén, y vinieron a Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús envió dos discípulos, ²diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos. ³Y si alguien os dijere algo, decid: El Señor los necesita; y luego los enviará. (Mat. 21:1-3)

No vemos ninguna necesidad de darle carácter milagroso a este incidente, aunque hay quienes lo califican de esta manera. Creemos que esta era mas bien una situación normal y natural. Probablemente, la última vez que nuestro Señor estuvo en Jerusalén, hizo los arreglos con algunos amigos para utilizar estos animales la próxima vez que entrara en la ciudad. Sus amigos acordaron dejarle usar estos animales en el tiempo de la fiesta de la Pascua. Los dueños

de estos animales esperaban al Señor, y los tenían atados afuera para Él. Jesús dijo a Sus discípulos lo que debían decir en caso de que alguien les hiciera alguna pregunta, para que supieran que el Señor era quien los había enviado en este mandado. Lo importante en este pasaje es que Jesús establece Su autoridad; dice: “. . . *El Señor los necesita*”. Veamos ahora, los versículos 4 y 5 de Mateo, capítulo 21:

***⁴Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo:
⁵Decid a la hija de Sion: He aquí, tu Rey viene a ti, Manso, y sentado sobre una asna,
Sobre un pollino, hijo de animal de carga. (Mat. 21:4-5)***

Esta es una cita de Zacarías, capítulo 9, versículo 9, donde dice: “*Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna*”. Hay ciertas omisiones importantes en la cita que se hace en Mateo, lo cual se nota al hacer una muy cuidadosa comparación. “*Alégrate mucho, hija de Sion*”, se omite aquí en Mateo. Asimismo, “*justo y salvador*”. La conclusión que sacamos es que estas porciones serán cumplidas en Su segunda venida, que será la verdadera entrada triunfal. Jesús no era manso por el hecho de que montaba una asna. Los reyes montaban este animal. A pesar del hecho de que montaba una asna, y que se ofreció como Rey, mantuvo Su humildad. Ahora, los versículos 8 y 9, dicen:

⁸Y la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino. ⁹Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! (Mat. 21:8-9)

Esta multitud no sabía el significado completo de esta acción. Unos pocos días después, el mismo gentío gritaba: “¡Crucifiquenlo!” Aún los discípulos no sabían el significado sino hasta más tarde. El evangelista Juan, en el capítulo 12 de su evangelio, versículo 16, dice: *Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho*. Ahora, leamos los versículos 10 y 11 de este capítulo 21 de San Mateo:

¹⁰Cuando entró él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es éste?

¹¹Y la gente decía: Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea. (Mat. 21:10-11)

Sin duda, había muchas personas que no sabían quién era Jesús, porque Él se había mantenido alejado de Jerusalén durante mucho de Su ministerio. El Señor obliga a Jerusalén a considerar Su reclamo real por un momento final. Leamos ahora, los versículos 12 y 13 de este capítulo 21:

¹²Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; ¹³y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. (Mat. 21:12-13)

El Señor hace uso de un lenguaje acérrimo, duro, al limpiar el templo. Esta acción de Jesús concluye oficialmente Su ministerio hacia la nación israelita. Después que el Señor limpió el templo, muchos vinieron para recibir ayuda y fueron sanados. Note usted que Mateo enfatiza este hecho. Leamos el versículo 14:

¹⁴Y vinieron a él en el templo ciegos y cojos, y los sanó. (Mat. 21:14)

Los principales sacerdotes se resintieron del hecho de que Jesús sanara a estas personas. En el versículo 15, leemos:

¹⁵Pero los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! se indignaron. (Mat. 21:15)

Sólo el Evangelio de Mateo cuenta de las curaciones que fueron la causa para que los niños en el templo aclamaran: “Hosanna al Rey de reyes”. Sigamos ahora con los versículos 16 y 17 de este capítulo 21 de Mateo:

16Y le dijeron: ¿Oyes lo que éstos dicen? Y Jesús les dijo: Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman Perfeccionaste la alabanza? 17Y dejándolos, salió fuera de la ciudad, a Betania, y posó allí. (Mat. 21:16-17)

“Y dejándolos”, indica el rechazo de Jesús a los líderes religiosos. Debemos recordar que la llamada entrada triunfal culminó en la cruz. El vendrá la segunda vez en un verdadero triunfo. El escritor a los Hebreos, nos dice en el capítulo 9 de esta carta, versículo 28: *Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.* La segunda vez que venga el Señor a la tierra se afirmarán Sus pies sobre el Monte de los Olivos. El profeta Zacarías, en el capítulo 14, y versículo 4 de su libro, dice: *Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartará hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur.* Luego, el Señor entrará en Jerusalén. Su verdadera entrada triunfal, será en Su segunda venida. Su primera entrada en Jerusalén lo llevó hacia la cruz para morir allí por nuestros pecados; y por medio de Su muerte y resurrección, se nos ofrece la salvación eterna. Ahora, los versículos 18 y 19 de este capítulo 21 de San Mateo, dicen:

18Por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre. 19Y viendo una higuera cerca del camino, vino a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y luego se secó la higuera. (Mat. 21:18-19)

Ha habido muchísima dificultad en tratar de interpretar el significado de este incidente de la higuera. Hemos escuchado toda clase de ideas en cuanto a lo que representa la higuera. La higuera, a nuestro parecer, es simbólica de Israel, como nos dice Mateo, capítulo 24. No había ningún fruto en la nación, sino solamente las hojas exteriores del ritual de una religión muerta. Y esto, el Señor condenó. La nación de Israel seguía un ritual religioso, pero no tenía ningún poder. Había tornado lo que Dios les había dado en un ritual, sin vida, sin vitalidad ni virilidad, el cual ya no llevaba a cabo el propósito de Dios. Opinamos que Dios tratará a la iglesia organizada de

la misma manera, a la iglesia que ha vuelto la espalda a la persona de Jesucristo. Los versículos 20 al 22 de Mateo capítulo 21, nos dicen:

²⁰Viendo esto los discípulos, decían maravillados: ¿Cómo es que se secó en seguida la higuera? ²¹Respondiendo Jesús, les dijo: De cierto os digo, que si tuviereis fe, y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho. ²²Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis. (Mat. 21:20-22)

Los discípulos quedaron asombrados al ver cuan seca quedó la higuera y el Señor les explicó que tal poder, aún para hacer obras mayores, estaba a la disposición de ellos por medio de la oración de fe. Debe haber fe en la oración, y la oración con fe, con confianza, puede lograr grandes cosas.

Ahora, no creemos que nuestro trabajo sea maldecir las higueras o quitar literalmente los montes. Durante una buena parte de nuestra vida en Sudamérica vivimos en un valle en medio de la cordillera de los Andes, y siempre ha sido muy bella la vista que ofrece esa cordillera. Nunca nos hemos cansado de observarla y tampoco nunca hemos deseado quitarla. Creemos que hay algo mucho más grande que quitar los montes y maldecir las higueras. Amigo oyente, el predicar el evangelio de Jesucristo, el distribuir la Palabra de Dios y el permitir que el Espíritu de Dios nos use, es la obra más grande que el hombre pueda hacer. Es un milagro cuando los labios humanos pueden decir algo que el Espíritu de Dios puede tomar y utilizar para transformar vidas. Esa es la clase de fe que anhelamos tener. Ahora, los principales sacerdotes y las autoridades religiosas empiezan una vez más a molestar a Jesús. Leamos el versículo 23:

²³Cuando vino al templo, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se acercaron a él mientras enseñaba, y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad? (Mat. 21:3)

Los príncipes religiosos se están tornando fieros y odiosos en su manera de portarse con Jesús. No dudan lo que hace el Señor Jesús, sino que dudan más bien la identidad de la autoridad

mediante la cual hace Sus milagros. No hubo base alguna para poder negar lo que Él había hecho. Leamos los versículos 24 al 26 de este capítulo 21 de Mateo:

²⁴Respondiendo Jesús, les dijo: Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. ²⁵El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres? Ellos entonces discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? ²⁶Y si decimos, de los hombres, tememos al pueblo; porque todos tienen a Juan por profeta. (Mat. 21:24-26)

Cuando los líderes religiosos cuestionaron Su autoridad, el Señor Jesús los confrontó plenamente, y usó las mismas tácticas que ellos habían usado para tratar de atraparlo. Les dijo que les diría por cuál autoridad hacía los milagros, si ellos le decían con qué autoridad había bautizado Juan. ¿Era el bautismo de Juan, del cielo, o de los hombres? Ahora, si los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo hubieran dicho que del cielo, Jesús habría dicho que Él obraba por la misma autoridad. Ahora, si no aceptaban la autoridad de Juan, la cual procedía del cielo, tampoco aceptarían la autoridad de Jesús. Ahora, el versículo 27, dice:

²⁷Y respondiendo a Jesús, dijeron: No sabemos. Y él también les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas. (Mat. 21:27)

Es muy evidente la tensión que comienza a incrementarse en esta situación. El Señor va a pronunciar una denuncia severísima de los príncipes religiosos. Cuenta una parábola que coloca a los publicanos y a las rameras en un nivel más elevado que estos príncipes eclesiásticos; y la acusación de Jesús no puede ser ignorada. El Señor da un paso en contra de estos hombres. Jesús da esta parábola por causa de los líderes religiosos y su oposición a Su autoridad. Leamos ahora los versículos 28 al 31:

²⁸Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. ²⁹Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. ³⁰Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ³¹¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?

Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las ramerías van delante de vosotros al reino de Dios. (Mat. 21:28-31)

Esta parábola fue un insulto terrible para los príncipes religiosos. Jesús los asemeja al “otro hijo” que dijo que trabajaría para su padre, pero no lo hizo. El Señor pone a los publicanos y a las ramerías en un nivel mucho más elevado que estos líderes religiosos.

Esta parábola es aplicable para el día de hoy. Muchos son miembros de las iglesias, son religiosos, y creen que son cristianos, pero en realidad no lo son. Hoy en día la humanidad está en busca de la realidad. Desea tener algo que se pueda apoyar en medio de estos días difíciles de oscuridad, confusión y desespero. Si todo lo que usted tiene, amigo oyente, es solamente una religión exterior, entonces usted necesita ser transformado por Jesucristo. El Apóstol Pablo en su segunda carta a los Corintios, capítulo 5, versículo 17, dice: *De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.* Si usted acude a Jesucristo ahora mismo, hoy puede ser usted una nueva criatura. ¡El Señor le ayude a hacerlo!

Y aquí nos detenemos por hoy, amigo oyente. Retornaremos en nuestro próximo programa en la continuación de este estudio. Hasta entonces, pues, ¡que Dios le bendiga abundantemente!